EL DESAYUNO DEL PERRO

ANNIE GRAVES

ILUSTRADO POR
GLENN McELHINNEY

EL CLUB DE LAS PESADILLAS

edebé

EL DESAYUNO DEL PERRO

Otros libros de la serie
El Club de las Pesadillas:

¡Socorro! ¡Mi hermano es un zombi!
El espejo
El asesino del conejillo de Indias

EL CLUB DE LAS PESADILLAS

EL DESAYUNO DEL PERRO

POR

ANNIE GRAVES

edebé

© Little Island, 2011
Título original: *The Nightmare Club: A dog's breakfast*
Ilustraciones de Glenn McElhinney, excepto la casa de la cubierta, que es de Jacktoon
© 2011, Little Island Books, Dublin/www.littleisland.ie
Por mediación de Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© Traducción del inglés: M.ª Carmen Díaz-Villarejo
© Ed. Cast.: edebé, 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia

1.ª edición, octubre 2023

ISBN: 978-84-683-6237-3
Depósito legal: B. 4644-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Hugo Sinapellido:
un gatito con actitud.

Annie Graves tiene doce años y ninguna intención de hacerse mayor. Es huérfana, algo muy oportuno, y vive en un lugar secreto de Glasnevin, Dublín, con su sapo, que se llama Totalmente Incomprendido, y su gatito, Hugo Sinapellido. No pienses que va al colegio, ¡bah!, ni que tenga algo tan aburrido como hermanos o aficiones. Digamos que tiene un caldero en la cocina.

Este no es su primer libro. Ya ha escrito otros tres, y ninguno de ellos es el primero.

Nota de la editora: Intentamos hacer una foto a Annie, pero su cara quedaba totalmente borrosa. Mandamos revisar la cámara de fotos, pero nos tememos lo peor.

¡GRACIAS!

Debo dar las gracias a Katherine Farmar, ¡si no lo hago me va a enviar un monstruo demoníaco que escupe fuego!

Soy Annie, de Glasnevin, y soy la «autora» de este libro. Esta es una palabra elegante que significa que soy la escritora. Aunque yo no soy elegante, sí que me gustan las palabras elegantes.

Además de ser la autora, también soy la anfitriona. Quiere decir que, todos los años, organizo en mi casa una reunión nocturna por Halloween. Nos juntamos una pandilla de amigos: las chicas nos colocamos en una gran cama con dosel y los chicos en el suelo con sus sacos de dormir. Nos metemos MUCHÍSIMO miedo. No hay disfraces ni linternas ni efectos especiales.

Solo historias verdaderamente terroríficas.

Tengo una historia de miedo. Como soy una autora y esas cosas, soy buena escribiendo relatos. Desde hace años he intentado contarla. Trata de unas brujas de piel morada, con telas de arañas en los pies y ojos que se derriten. En Halloween vuelan alrededor del mundo buscando niños para secuestrarlos y asarlos a fuego lento.

Pero todos los años me dicen que, como yo soy la anfitriona, debo dejar que los demás cuenten sus historias de miedo antes que yo. (¿Y quién se ha inventado esa regla? Seguro que fue un adulto).

Por lo menos, después soy yo la que se encarga de escribir esas historias; porque soy la que mejor lo hace. Soy el pilar, el no va más, la torta… y lo que sea…

Bueno, venga, empecemos con la historia.

Esta la contó Nicola. Nos dijo que era como un «aperitivo». Pero llamarlo «El aperitivo de Nicola» me parece un nombre muy tonto para un cuento. Así que yo lo he llamado «El desayuno del perro».

También se le podía haber llamado «La historia del perro desaliñado».

En nuestra clase había un niño que se llamaba Glen. Yo me sentaba a su lado, y no porque lo hubiera elegido así.

Pero Glen desapareció. El único que sabía lo que le había ocurrido era un perro. Y casualmente es un perro al que yo aprecio mucho.

A mí nunca me gustó Glen. El resto de la familia O'Geary estaba bien, pero él siempre era un aguafiestas.

El caso es que yo lo odiaba. Tenía una voz de pito parecida a una alarma antirrobo. Y odio el tono de voz que es como la sirena de las alarmas antirrobo.

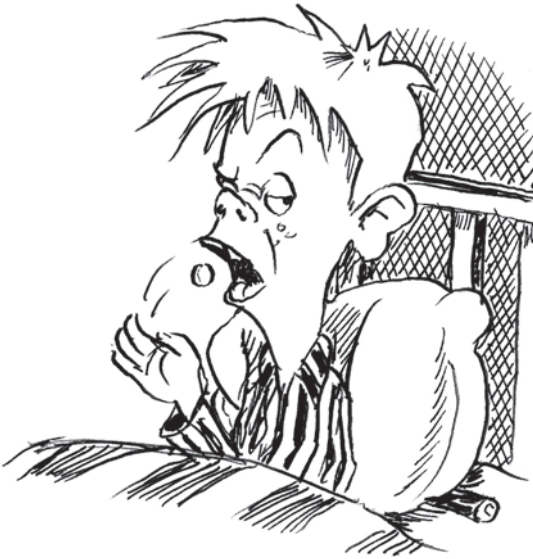
Y también odiaba sus quejas y sus mentiras. Solo abría la boca para quejarse y mentir.

Cuando caminaba hacia el colegio, siempre se quejaba de que había mucho tráfico.

Cuando la profesora le pedía los deberes, él mentía y se inventaba una excusa porque no los había hecho.

Cuando en el colegio alguien le pedía prestado un lápiz, se quejaba porque tenía que dar uno de los suyos.

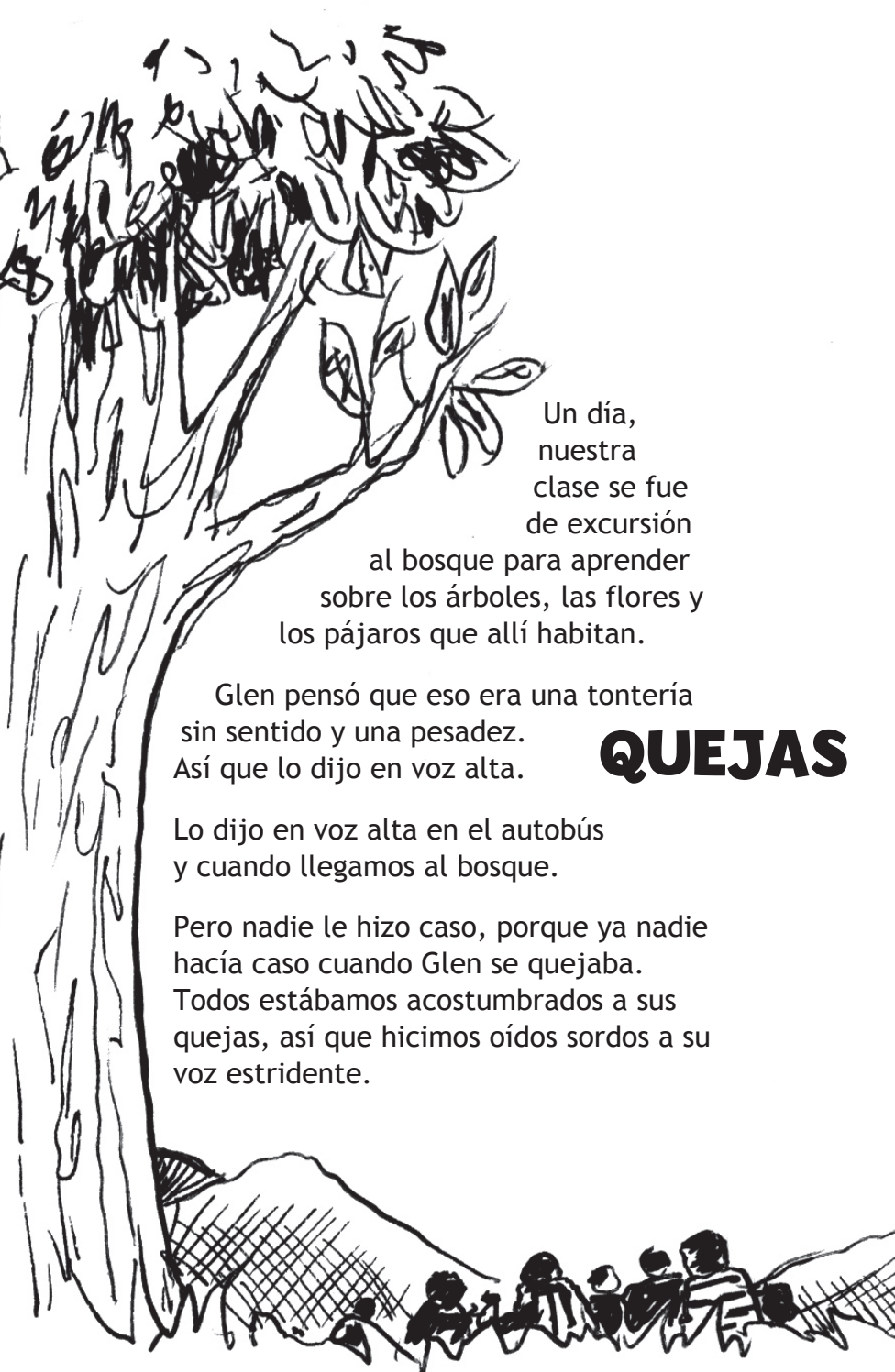
Mi madre me dijo que también mentía a su propia madre. (Eso no es una buena idea, porque las madres hablan entre ellas).



Cuando su madre iba a darle las buenas noches, una vez que estaba bien arropado en la cama, ella le preguntaba si se había lavado los dientes. Él le mentía y respondía que sí. Ella sabía que no era cierto; pero, si se lo decía, Glen empezaba a quejarse del sabor de la pasta de dientes.

Debajo de la almohada solía guardar una caja de caramelos de menta; y de esta manera podía echarle el aliento con el frescor de la menta.

Su madre los encontró cuando él desapareció.



QUEJAS

Un día, nuestra clase se fue de excursión al bosque para aprender sobre los árboles, las flores y los pájaros que allí habitan.

Glen pensó que eso era una tontería sin sentido y una pesadez. Así que lo dijo en voz alta.

Lo dijo en voz alta en el autobús y cuando llegamos al bosque.

Pero nadie le hizo caso, porque ya nadie hacía caso cuando Glen se quejaba. Todos estábamos acostumbrados a sus quejas, así que hicimos oídos sordos a su voz estridente.

Eso le hizo enfadar y se quedó atrás, mientras nosotros seguimos avanzando en nuestro paseo por el bosque.

Y MÁS QUEJAS

Nuestra profesora nos había mandado sentarnos por parejas en el autobús. De esa manera todos los de la clase teníamos a alguien que nos vigilaba por si nos perdíamos en el bosque.

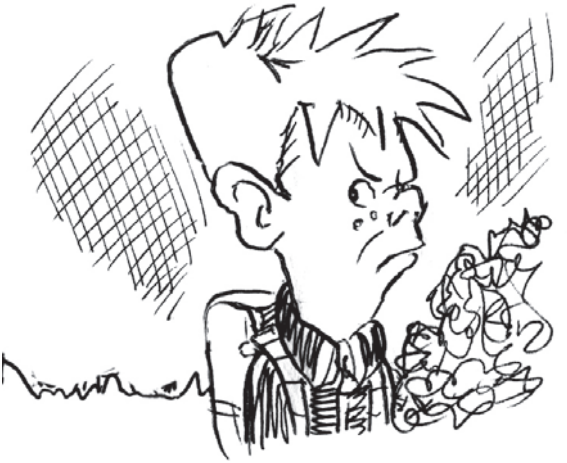
Y no te lo creerás, pero Glen era *mi pareja*.

Eso significaba que yo tenía que haber cuidado de él. Pero no lo hice.

Ahora me da un poco de pena. Pero, si me hubiera quedado junto a Glen, seguro que se habría quejado todo el rato.

Seguramente tardó en darse cuenta de que se había quedado solo. Estaría demasiado ocupado quejándose en voz baja de lo estúpido que era el paseo por el bosque.

Lo que ocurrió fue que se alejó del camino. Cuando estás en un bosque, ya sabes que es muy fácil perderse si no se presta atención. A Glen no se le daba bien prestar atención, porque siempre iba refunfuñando.



En este momento me lo estoy imaginando mirando por todos lados y resoplando (le encantaba resoplar).

—¡Muy típico! —diría en voz alta. (Cuando no refunfuñaba en voz baja, estaba chillando; y, solo en el bosque, seguro que también lo hacía)—. Ahora tengo que encontrar a los demás. Y, *claro*, aquí no hay señales.